

CICLO DE ENCUENTROS “TRAYECTORIAS”

Myriam Noemí Tarragó

Entrevista realizada por
María Mercedes Hirsch y
Soledad Torres Agüero



Desde el año 2008, la Secretaría de Extensión Cultural del Colegio de Graduados en Antropología de la República Argentina lleva adelante el *Ciclo de Encuentros “Trayectorias”*¹. En él se realizan entrevistas a antropólogos y antropólogas locales y regionales que recuperan, en primer lugar, su biografía y, a su vez, los sentidos construidos acerca de su práctica profesional. Uno de los

¹ Son responsables del proyecto Soledad Torres Agüero, María Soledad Gesteira y María Mercedes Hirsch.

objetivos principales de este ciclo es poder dejar registro de aquellas historias de vida que han contribuido al desarrollo de la antropología local y/o regional y, por otro lado, aportar a la reflexión sobre la práctica profesional situada de la disciplina. Actualmente las entrevistas realizadas están disponibles en la página web del Colegio de Graduados². En este número, hemos incorporado la entrevista a Myriam Noemí Tarragó, realizada durante el año 2012, en la ciudad de Buenos Aires.³

Myriam Noemí Tarragó es Doctora en Historia, con especialidad en Antropología (Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario), Investigadora Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Profesora Consulta de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires). Se desempeñó como Profesora Titular en la orientación Arqueología del Departamento de Ciencias Antropológicas, desde 1985 hasta 2009, cuando se retiró por jubilación. Con anterioridad se desempeñó como profesora en la Escuela de Antropología de la Facultad de Humanidades y Artes (Universidad Nacional de Rosario) y en la Carrera de Arqueología de la Escuela Politécnica del Litoral de Guayaquil (Ecuador), actividad que fue promovida por la PNUD-UNESCO, con sede en Lima. Es Directora del Museo Etnográfico Juan Bautista Ambrosetti, FFyL-UBA, desde 2005. Integró el Comité Científico del proyecto de nominación del Qhapaq Ñan, Camino Principal Andino, como Patrimonio Cultural de la Humanidad (Centro del Patrimonio Mundial, UNESCO). Ha actuado como jurado en numerosos concursos docentes y de doctorado. Integra comisiones del CONICET contribuyendo en forma activa a la formación de recursos humanos a través de la dirección de becarios de doctorado e investigadores.

Se ha dedicado a la investigación de las sociedades prehispánicas de los Andes Meridionales de Argentina y Chile, y de los Andes ecuatorianos, desde los inicios de la producción de alimentos hasta la Conquista, y publicó sus resultados en libros y revistas científicas argentinas e internacionales. Entre los reconocimientos recibidos se encuentra: el diploma al mérito, "Premio Konex 2006 en Humanidades, en la disciplina Antropología y Arqueología Cultural"; varios diplomas de honor como visitante en universidades argentinas, de Chile y Ecuador, y la mención en 2007, en "Women in Archaeology", "Dictionary of Archaeology", como una de las mujeres que han contribuido a la ciencia en arqueología.

* * *

Respecto de mi infancia, nací en San Lorenzo, provincia de Santa Fe. Mis padres eran, por la parte paterna, inmigrantes: mi abuelo, catalán (de ahí viene el apellido Tarragó) y mi abuela paterna era alemana. Era gente de trabajo: mi

² <http://www.cga.org.ar/trayectorias>.

³ La transcripción de la entrevista audiovisual fue corregida por Soledad Torres Agüero y por Myriam Tarragó, y ajustada al formato de texto, incorporando aclaraciones y modificaciones en función de fomentar la legibilidad del relato. De este modo, el texto final presenta algunas diferencias con la entrevista en su versión audiovisual.

abuelo, panadero, trajo ese oficio y puso una panadería en San Lorenzo; mi padre tomó ese mismo oficio. Y, del lado materno, es muy interesante, tal vez hasta por mi profesión: la madre de mi madre era de origen italiano, pero, en cambio, mi abuelo materno, Máximo Coronel, era hijo de gente de La Pampa. De mi bisabuela, yo era chiquita cuando ella falleció, no se sabía la edad que tenía, decían que podía tener 105 años; yo me acuerdo del día en que a ella la estaban velando. Máxima se llamaba también, vino a caballo con su hijo a la provincia de Santa Fe a trabajar en las cosechas cuando empezaron a extender los alambrados en la provincia de Buenos Aires, porque ella tenía (parece) algo de tierras, pero era analfabeta y no tenía títulos de propiedad. Por eso, entre mis abuelos, tanto mi abuelo catalán como mi abuelo nativo, tenían algo muy definido en ese sentido, aunque con distintos orígenes: sostenían que sus hijos tenían que aprender a leer y a escribir, algo extraordinario. Mi padre, supongo que por mi abuelo catalán de orientación anarquista, no quería saber nada con la Iglesia; fue muy antiperonista también, como muchos obreros que había en la provincia.

Mi infancia fue una linda época, en un pueblo de provincia, fui a una escuela pública con muy buenas maestras, como había en esos tiempos. Sólo tuve dos maestras en todo el ciclo primario. Mi encuentro con los libros, con la lectura, fue en la biblioteca de la escuela. Me acuerdo muy bien, tengo unos recuerdos muy definidos de primer grado, de ir en el recreo corriendo a buscar cuentitos y las mismas maestras atendían la biblioteca. De hecho, cuando voy a San Lorenzo ahora, me gusta pasar frente al edificio de la escuela. Es una biblioteca pública, está en una esquina de la plaza principal de la ciudad. Esa fue una experiencia vital y táctil al mover los libros. Durante mucho tiempo, mientras yo vivía en San Lorenzo, incluso ya estaba estudiando en la universidad en Rosario, siempre acudía a esa biblioteca, la conocía muchísimo, tenía acceso a los estantes. Por otro, respecto de lo que va a ser luego mi profesión, pienso que también influyó mi familia materna. Era muy numerosa, había muchos primos, gente del campo, y yo recuerdo las reuniones nocturnas en invierno o en verano afuera, cuando hacía calor, contando cuentos de aparecidos. Lo tengo muy presente, a veces me moría de miedo de lo que contaban. Entonces, creo que en esos relatos, en esos cuentos, ahí algo despertó para mí la inquietud de buscar narraciones o de cómo narrar historias sobre los pueblos indígenas, precolombinos. Luego, algo vinculado con mi padre: era muy conversador, pero a la vez muy tranquilo, y como mucha gente de pueblo de antes (también en el noreste argentino sigue existiendo esa tradición), acostumbraba a visitar el cementerio, a arreglar las tumbas de todos los familiares ya fallecidos. A mí me encantaba ir con mi padre en una chatita Ford T que tenía, y recorríamos el cementerio de San Lorenzo, que es un espacio muy interesante porque tiene una parte antigua que se inició en la segunda mitad del siglo XIX, casi todos inmigrantes, ves que de todos los apellidos la mayoría son italianos, más del 90% debe ser de ese origen. ¿Y qué hacía mi padre? Como les digo que era un gran conversador, arreglábamos primero, poníamos las flores, y después me llevaba caminando por el cementerio y me empezaba a narrar historias de la gente que estaba con su foto, con el tipo de lápidas de la época que tenían un nicho tipo capillita, con una puertita donde se ponían recuerdos y ofrendas al difunto. Entonces, me contaba: "Fijate, Fulano

de tal, este era cuchillero, y en los partidos de fútbol armaba líos...”, cosas así. Para mí era extraordinario eso, porque si ustedes piensan, ¿a mí me gustaba ir al cementerio?, ¿me gustaba lo de los muertos? No. Me gustaban las historias que surgían ahí de la gente. Yo creo que esos dos puntos son muy importantes para los desafíos que todavía siento respecto de mi profesión, yo podría decir que soy antropóloga-arqueóloga. Estamos hablando de la década de los 40. O sea, durante la guerra, por supuesto, hay muchas otras cosas que no vendría ahora tratar, pero que para mí son vitales, vinculadas, por ejemplo, con el cine, que el evento fundamental en mi infancia era ir al cine. Mi mamá nos preparaba sándwiches para mi hermano y para mí (mi hermano me lleva cinco años), e íbamos al cine desde las 3 de la tarde a las 8 de la noche, eso para mí es crucial en mi memoria.

Luego, empecé la escuela secundaria en San Lorenzo porque se había creado un colegio nacional en ese lapso en que yo hago mi primaria. Mi familia decidió, un poco yo también, que tal vez me convenía ser maestra para tener una posibilidad de trabajo porque éramos gente humilde, o sea, yo necesitaba trabajar. Por eso, en el cuarto año pasé al Colegio Normal No. 1 de Rosario, Doctor Nicolás Avellaneda, que era muy prestigiado, donde me recibí de maestra. En el ínterin, un asunto familiar que me marca mucho y, tal vez, también va definiendo el recorte hacia mi vocación, es que a finales del tercer año falleció mi padre, en 1953, el 3 de marzo, lo cual fue una hecatombe económica para nuestra familia, aparte del enorme dolor. Mi padre era joven, tenía 52 años. Pasamos apuros económicos, se nos cayó el horno de la panadería al poco tiempo, mi hermano dejó de estudiar (estudiaba ingeniería) para hacerse cargo. Es cuando yo paso a Rosario y allí me cruzo o me encuentro con una escuela que, en el fondo, era elitista. Ahí voy conociendo todo otro aspecto que yo no había vivido en San Lorenzo, donde había una relativa horizontalidad: había gente que tenía más dinero, el médico, el abogado tal, etc., pero era todo mucho más tranquilo. En cambio, en este colegio todavía existían tres categorías de cursos, A, B, C: el A era con idioma inglés, el B francés, y a C nos mandaban a todos los que veníamos de otros lados. Obvio, a mí me pusieron en C. Había una clara discriminación. Eso fue muy fuerte para mí porque era buena estudiante, era estudiosa, me gustaba leer, me gustaban las materias. Y se dio toda una manipulación sobre quién iba a salir de abanderada, y eso coincide además con el proceso político de los dos últimos años de Perón, 1954-1955. Cuando yo me recibo, justo había sido el golpe. La actitud de la Dirección de la escuela era ambivalente, porque, por un lado, era elitista, pero, por otro lado, estaba la presión popular de no discriminarnos. De alguna manera participé o fui el objeto de una pequeña rebelión de todas mis compañeras debido a que hubo manipulación en las notas para que yo no saliera abanderada, para que saliera alguien del Curso A. Fue un lío terrible. Me acuerdo que yo sufría mucho, les decía: “No, por favor, no hagan eso”... No sé si ustedes conocen Rosario, está en la plaza Sarmiento, un lugar central y es un edificio precioso. En el primer piso, del extremo de la galería que va de una calle a la otra, cerraron todas las puertas y arrastraron una mesa por todo el primer piso, ¡un ruido! Fue gracioso: me hicieron sentar a mí sola en el salón (para que no me pusieran sanciones) con la profesora de Filosofía que era la que había modificado la nota y todo el resto del curso afuera para pedir

que se revisaran las calificaciones. Bueno, a mí me emociona aún ahora porque finalmente, cuando entregaron los diplomas, me hicieron entrar con la bandera, me pidieron que hablara pronunciando el discurso de final de curso y habló una profesora muy bien, rescatando mis condiciones. Con mi madre presente muy emocionada, me acordé de mi padre. Fue un momento muy emotivo.

* * *

"Otro profesor que fue mi maestro, el Dr. Alberto Rex González. Cuando asistí a sus clases dije: esto es lo que mi me gusta... Fue una decisión muy fuerte."

En el quinto año, último año del secundario, ya existían laboratorios de orientación profesional donde te hacían tests para indagar en tus posibles intereses y aconsejarte sobre qué podías estudiar. Me salió un espectro muy amplio que, más que orientarme, me confundió, porque podría haber estudiado Arquitectura, Psicología, Letras, Historia... un montón de cosas. Pero, finalmente, dije: "No, a mí me gusta Historia, voy a estudiar esto". Por ello, ingreso en la facultad de Filosofía y Letras de Rosario en 1956, en el Profesorado en Historia, que era una carrera todavía tradicional, no estaba dividida en distintas orientaciones, digamos, en temáticas de distintas épocas, ¿por qué destaco esto? Porque ahora las carreras de Historia están divididas en Historia Antigua, Medieval, Moderna y Contemporánea o Latinoamericana; en cambio, en aquel momento era una sola carrera. Para que ustedes se ubiquen, yo estudié tres años de latín y dos de griego. Desde que entré en el primer año, las introductorias, por ejemplo, Introducción a la Literatura, Introducción a la Historia, Introducción a la Filosofía, me encantaron. Lo que fue la universidad pública de la década de los 60 fue una gloria, sobre todo en las universidades del interior: la cantidad de profesores de primer nivel que viajaban a Rosario todas las semanas desde Buenos Aires... David Viñas, entre ellos, fue profesor mío en Introducción a la Literatura: no les puedo decir lo que era. Yo me sentía realmente una persona ágrafa. Me acuerdo de los círculos que hacía para ubicar la literatura griega y romana en el contexto histórico de la época, etc. Y aparece otro profesor, que fue después mi maestro, el doctor Alberto Rex González. Él daba, en esta carrera general de Historia, Prehistoria y Arqueología. Cuando empecé a asistir a las clases y escuché sus exposiciones con un claro enfoque antropológico, me dije: "¡Oh! Esto es lo que a mí realmente me interesa". Fue una decisión muy fuerte que me ocurrió en el tránsito entre segundo y tercer año de la carrera. En ese lapso pasaron dos hechos: por un lado, él inició un trabajo arqueológico en Catamarca con la gente de Rosario y ya había hecho una campaña, a la cual yo no fui, a principios de 1957 a El Alamito, que es una enorme área, muy importante, de sitios arqueológicos del primer milenio después de Cristo, muy buenos, muy interesantes, que descubrió él haciendo vuelos rasantes, usando fotografías aéreas, una técnica súper moderna, de avanzada, porque él venía con toda la metodología que había incorporado con sus estudios de doctorado en Estados

Unidos. Pero, por otro lado, él empieza a trabajar durante ese año (1958), sosteniendo que había que reformar la carrera, y él fue el autor e, incluso, no sé si en La Plata también (eso no lo sé bien, habría que indagarlo), pero en Rosario claramente él empezó a trabajar con todos los grupos de alumnos para reformar la carrera de Historia. Tenía razón, había que hacer especialidades, y lo primero que dijo: “No puede ser que todos los estudiantes de Historia estudien lenguas clásicas y después van a hacer historia de Latinoamérica”, eran cinco años... Yo perdí esas cinco materias, a mí no me sirvieron después. Cuando me cambio a la orientación de Antropología, sufro una pérdida importante, o sea, me retraso más de un año, con gran oposición de mi familia. Y, claro, mi mamá decía: “Vos sos mujer, ¿qué vas a hacer? ¿Cuándo vas a terminar la carrera? ¿En qué vas a trabajar?”. Bueno, fue un momento difícil. Pero yo trabajé siempre...

En la Escuela Normal No. 1, después de tanto lío que se armó, al año siguiente (1956), cuando empiezo a estudiar en la facultad con mucho esfuerzo y viajando desde San Lorenzo, me llaman para trabajar de preceptora, me eligen por el promedio. Trabajé como un año y medio en esa función. Me tenía que levantar a las cinco y cuarto de la mañana, trabajaba toda la mañana en el Normal, y después iba a cursar a la tarde (era a cinco cuerdas), a seguir las materias, algunas hasta tarde, porque ya había empezado la onda de gente que trabaja y estudia, había materias que terminaban a las nueve de la noche o algo así, muchas veces yo llegaba 10 u 11 de la noche a mi casa, en San Lorenzo. Atesoro la figura de mi madre porque ella me esperaba y siempre me apoyó en los estudios, debo decir, sin ella no hubiera podido hacer esto. Con lo que yo ganaba me arreglaba para mis gastos personales en forma modesta. Les recuerdo que no había fotocopias, no existían. Entonces, ¿qué tenía que hacer? Entre las doce y media que salía del Normal, hasta las tres de la tarde en que empezaban las clases, me iba a la Biblioteca Municipal Julián Álvarez, una biblioteca muy buena, pública, que hay en Rosario. En ella, estudiábamos todos, de todas las carreras, ¡también nos dormíamos a veces!, y sí, estábamos cansados.

La reforma del plan de estudios fue crucial porque, a diferencia de las dos carreras que se crearon en Buenos Aires y La Plata, porque surgen todas al mismo tiempo, tuvo un enfoque moderno, totalmente diferente. Acá en Buenos Aires, como Eduardo Menéndez comenta en su entrevista, estuvo Marcelo Bórmida trabajando con todo el grupo de estudiantes que apoyaba la reforma, él mismo lo dice: se pusieron un montón de materias que estaban enfocadas desde el marco teórico de Bórmida. Nada que ver la orientación de Rosario. No salió como carrera, fue aceptada como orientación dentro de Historia, pero era prácticamente una carrera. Se hacía un núcleo básico, como todavía se hace en muchos lugares, y después se derivaban los estudiantes a Antigua, Medieval, Contemporánea, de América Latina (creo que ya estaba) o Antropología. El planteo, sobre todo de la Antropología, que todavía se la llamaba Antropología Cultural, tomaba en consideración los trabajos de Robert Redfield, Ralph Linton, Kardiner, Ruth Benedict, Margaret Mead, leímos todos estos autores. Y recién sobre el final de la carrera, leí el libro de Imbelloni, *Epítome de Culturología*, cuando acá en Buenos Aires empezaban al revés y un montón de textos estaban totalmente prohibidos. Es decir, no me formé en el marco de la Escuela Histórico Cultural que imperaba en la Capital. En Arqueología, por ejemplo,

leímos a Vere Gordon Childe, y esto influyó en mi postura desde el punto de vista teórico. El primer libro que leí para Arqueología fue uno de sus libros, *Qué sucedió en la historia*, que para mí sigue siendo un libro increíble, con un enfoque que tiene sus raíces en el marxismo, tiene un modo de narrar, en el que vos ves surgir todo un contenido sobre el proceso social, de comprender el pasado de otra manera, que no es simplemente ni describir materiales, ni pensar que el hombre se adapta o interactúa con la naturaleza, enfoques que todavía siguen operando en Arqueología. A mí me gustó eso, porque uno de los problemas que tiene la Arqueología y que ha tenido en varios momentos de su desarrollo dentro de distintas corrientes teóricas, es una negación de la historia. También la antropología, a veces. Es imposible, la Arqueología como parte de la Antropología, de pueblos no europeos, debe combinarse con la historia, es un núcleo que no puede, para mi modo de ver, separarse porque la gente que enfrentó, por ejemplo, en el siglo XVI a los Incas, que sufrió la dominación inca en el noroeste argentino, y 80 años después empieza a encontrarse con los españoles, es la misma gente que luego toman los historiadores a partir de los documentos escritos, no hay un corte ahí, como mucha gente todavía hoy trabaja, por un lado, la Arqueología y, por otro lado, la historia del siglo XVI y XVII. No, no es así. Además, ahora que sigo yendo a los Valles Calchaquies, veo a la gente; la gente actual tiene mucho que ver con ese antiguo pasado.

* * *

"Es notable, fíjense que aprendí a excavar entre compañeros, una cosa colectiva..."

Volviendo a esta etapa de la universidad pública argentina, cada facultad tenía fondos para investigación, a diferencia de la actualidad en la que son organismos aparte los que financian. Yo fui a la segunda campaña o expedición, como se decía entonces, a El Alamito, Catamarca, en 1958. Rex González no estaba porque había viajado a Estados Unidos con una Beca Guggenheim. Pero quedó a cargo Susana Petruzzi, que fue una de mis compañeras y profesora (era la de mayor edad, falleció hace poco), y Víctor Núñez Regueiro, fueron los que organizaron la campaña. Estuvimos un mes en El Alamito y fue excelente. Era la primera vez que iba al campo y a una excavación en un lugar extraordinario. Siempre decíamos con Víctor que era el lugar ideal para una escuela de campo en Arqueología, porque no les puedo decir cómo está conservado todo, todo tapado con mucho relleno de tierra y se ven los montículos de las casas, las tumbas, los lugares ceremoniales. Muy bueno. Ahí aprendí a excavar. Es muy notable, porque aprendí a excavar entre compañeros, una cosa colectiva, porque no había nadie sobresaliente que nos estuviese orientando en la excavación, dado que Rex no estaba, hacíamos lo que el Doctor había enseñado antes y que Víctor fue transmitiendo a todo el grupo de compañeros que habíamos ido ese año. Fue muy buena campaña. De hecho, esa excavación fue una de las bases de la tesis de doctorado de Víctor, que la hizo sobre los sitios de El Alamito y donde,

increíblemente, yo fui jurado de él porque se doctoró después que yo, cuando él debería haber sido jurado mío.

Después surge un proyecto muy interesante, que me parece importante mencionarlo para la historia de la antropología: entre el 59 y el 60 se plantea un proyecto de estudio interdisciplinario sobre el Valle de Santa María que se extiende entre las provincias de Catamarca, Tucumán y Salta en base a todo lo que ya se venía haciendo. Se reúnen los profesores del área de Historia, de Arqueología, de Antropología y de Sociología, y redactan un plan que se llamó “Estudio integral de área cultural en el Valle de Santa María” y que duró bastante. Tuvo financiación de la universidad (les aclaro que, en aquel momento, era Universidad del Litoral, no de Rosario, y la facultad de Filosofía y Letras pertenecía a aquella universidad), financió todos los trabajos de campo. En la parte de Historia, por ejemplo, participó Nicolás Sánchez Albornoz, se hicieron estudios de registros parroquiales de Catamarca, de Santa María, de distintos lugares. Participaron varios investigadores de Buenos Aires: en Geografía, Elena Chiozza, por ejemplo. Y, de Historia, varios importantes profesores que teníamos. La parte de Arqueología la tomó el doctor Eduardo Cigliano, que había reemplazado a Rex en la dirección del Instituto de Antropología y en las materias de Arqueología que se dictaban en la orientación mencionada más arriba. En función de este proyecto, yo fui a un montón de campañas, entre 1958 y 1965. Ese proyecto queda trunco por el golpe militar. La formación que recibí fue muy importante: por un lado, y muy fuera de lo común, debo haber ido como a diez campañas mientras yo estudiaba, ¿entienden? Y trabajos largos, de 30 a 40 días en distintos lugares del Valle. De hecho, aún hoy hay gente en Santa María que me conoce desde aquella época y, además, porque cuando volví de Ecuador, retomé ese lugar como área de investigación. Hubo muchas experiencias, muchas anécdotas que quedaron en la memoria, éramos casi todas mujeres en el trabajo de campo, ¡dirigiendo hombres! Yo fui la primera antropóloga mujer que egresó de Rosario y, en Arqueología, además. Cuando nosotros empezamos a ir a El Alamito, no se usaban pantalones para la calle, estaba totalmente mal visto. Y sí, nosotros en el campo llevábamos pantalones porque era imposible trabajar, pero no existían los jeans ni nada parecido. En Santa María usábamos otros pantalones viejos, era una cosa increíble..., íbamos con cualquier cosa que teníamos por ahí, ropa suelta. Pero nos respetaron siempre, algo pasaba entre el grupo nuestro de mujeres y nuestros ayudantes, si bien en algunos de los viajes iba Cigliano a cargo; pero todo el resto éramos casi todas mujeres, había dos o tres compañeros hombres, nada más. Algo pasaba en esa relación o distancia entre la gente y nosotros, nunca tuvimos problemas, llamaba la atención. Años después, una vez que estaba en una guitarreada, hará unos diez años, uno de los cantores se refirió y se acordó de uno de los grupos que iba a Caspinchango. Me emocionó tanto, porque me dice: “Yo era soldado en esa época y estuve en Caspinchango” (habíamos recibido en el regimiento de Catamarca a soldados a cargo como ayudantes en la excavación). Teníamos como ocho soldados cada grupo y los teníamos que dirigir, y les digo que sí los dirigíamos. Éramos muchos integrantes en cada viaje, seríamos como 20 o 25 que viajábamos, llegábamos al Valle y se armaban, por lo menos, cuatro grupos: uno en Cafayate, otro en Caspinchango, otro en Santa María y otro en Punta de Balasto, que es al sur

del Valle. Yo estuve en Punta de Balasto cuando mis compañeras estuvieron en Caspinchango con los soldados. Llegar a Caspinchango, que es un valle lateral, era una cosa terrible en aquella época, no había camino. Por otro lado, para llevar nuestro equipo de campo, habíamos tenido la feliz idea de hacer, con personal de carpintería de la Facultad, unos baúles pintados de verde, pesadísimos, que eran más o menos de un metro de largo, donde poníamos todo el equipo, todas las cosas que íbamos a necesitar en el campo, y también un poco de alimentos que comprábamos en la ciudad. Entonces, ¿qué se acordó este ex soldado? Que lo había pasado (parece) increíble; todas las chicas jóvenes, ¿qué hacían? Cuando al atardecer o a la nohcecita después de que se cenaba (Susana estaba en Caspinchango), abría el baúl y sacaba chocolates y cigarrillos, y les repartía. Dice: "Pero eso era extraordinario". Claro, todos los soldados eran nativos de Catamarca y, del lado de Santa María, era gente humilde. Veían un montón de cosas que nunca habían probado.

* * *

"Una de las cosas que tratamos de hacer es interactuar con la gente, transmitiendo la importancia de que valoren el patrimonio cultural que tienen en la zona (...) y tratar de transmitir, de movilizar un poco la historia precolombina."

En la investigación arqueológica, cuando uno va con una finalidad específica (como la excavación arqueológica), se integra a personas del lugar en el trabajo, es una posibilidad de diálogo muy interesante porque no estás presentándote como un investigador social que va a indagar sobre su realidad, sino que se generan conversaciones, intercambios muy abiertos, donde surgen muchos aspectos en los que, de alguna manera, uno puede ir preguntando. ¿Saben por qué? Porque me di cuenta, sobre todo en la investigación antropológica en la comunidad de pescadores la Faja Costera de Pueblo Nuevo, en Rosario (1958), de que uno crea expectativas en la gente, no sé qué les pasará a los antropólogos más jóvenes hoy, pero yo no soporté eso. Ellos creían que, con ese trabajo, íbamos a cambiar algo de su realidad y nosotros no logramos cambiar nada ni publicar. Ahí yo sentí como una cuestión de ética, algo que todavía hoy me pregunto: "¿Hasta dónde nosotros tenemos el derecho o debemos hacer esto de ingresar como antropólogo a una comunidad de cualquier tipo, se generan relaciones, se generan expectativas, y después, normalmente, no se llega a casi nada?". Es una pregunta abierta, a mí eso sí me afectó. Veo que el antropólogo tiene que tener mucho cuidado con esto, debe entrar con una actividad muy definida, como también comentaba Eduardo Menéndez, que justifique tu intervención o tu participación en determinado lugar, ¿no? Por ejemplo, siendo maestro u organizando talleres y cosas en las que, de alguna manera, se genere todo un intercambio, hay posibilidad de observación de esas realidades, pero también debe haber una devolución a la gente. En Arqueología yo siento que

sí, es mínimo, pero nosotros, con la interacción que se ha ido gestando a través de los años, desde 1985 en que volví a trabajar en proyectos de investigación en Santa María, se ha generado una relación, la gente se pone contenta. Me emocionó muchísimo un hecho que me ocurrió hará unos ocho años: yo estaba en un farmacia, había mucha gente esperando, ahora la ciudad de Santa María ha crecido mucho, y una chica de unos 25 años, me dice: "Myriam, yo la conozco a usted, pero usted no sé si se acuerda...", le digo: "No", me dice: "Le quiero decir, yo fui a visitar las excavaciones que usted hacía en Lampacito cuando estaba en la escuela primaria, y nunca me olvidé de eso". Para mí, eso fue una devolución. Porque una de las cosas que tratamos de hacer todo el grupo, los chicos jóvenes ahora están muy involucrados en esto (yo casi no voy ya al campo, voy a veces a ver algo, a poner el ojo, pero obviamente ya no excavo), es interactuar con la gente, transmitiendo la importancia de que la población valore el patrimonio cultural que tiene en la zona, de todo tipo, entre ellos incluido el patrimonio arqueológico, y tratar de transmitir, de movilizar un poco la historia precolombina. Porque ellos la captan mucho mejor a la parte precolombina que nosotros de la ciudad, porque están ahí y lo viven, ellos conocen lo que llaman los "antigales"; fíjense, antigales de antiguo. Por eso, lo de esta chica, por ejemplo, me pareció extraordinario. ¿Nosotros qué les mostramos cuando excavamos? Que hay que tener cuidado, que no hay que saquear un lugar, que tenemos responsabilidad cuando hacemos una excavación moviendo la tierra, que estamos descubriendo cosas de los antiguos, que tenemos la obligación de registrarlo, de guardar lo que se va a guardar, y todo lo que está in situ, todas las estructuras habitacionales, por ejemplo, las casas antiguas, que de hecho hay un montón (lo que más excavamos normalmente son casas), eso se vuelve a cubrir y se protege para el futuro, porque si vos lo dejás abierto y no se conserva, con la lluvia, el viento, con el paso del tiempo, se destruye todo. Los chicos lo aprenden así, no en una clase, se aprende en terreno. Una experiencia que hicimos vinculada con esto fue en 1990, les digo que yo me agarraba la cabeza porque estábamos haciendo una excavación muy grande en Rincón Chico, en la comuna de Lampacito, y de la Escuela Normal y de varias otras escuelas de Santa María nos venían a hacer las visitas en forma espontánea. Una de las mañanas vemos a los chicos que venían caminando sobre una lomita, a unos cien metros, dijimos: "¡Dios mío! ¿Qué hacemos con todos estos chicos?". Nosotros estábamos con una excavación complicada, teníamos cuatro cuadrículas de cuatro por cuatro metros, más otras en otros lugares y toda tierra frágil, que si vos pisás el borde se desmorona. Entonces, una querida amiga antropóloga, Inés Maldonado, que había viajado desde Rosario, donde vive, y que es excelente para las visitas guiadas, es fuera de serie con los niños. Le digo: "Inés, vos te vas a ocupar de recibir a los chicos, por favor, y les hacés la visita guiada". Tuvimos desde jardín de infantes hasta 7° grado, ¡por Dios! Entonces, Inés dijo: "Mirá, vamos a usar las zarandas finas, donde están todas las piedritas, se pasa la tierra más fina y se buscan así restos muy pequeños, por ejemplo, de obsidiana, cuentitas de collar, huesitos y otros restos." ¡No sabés!, los chicos de jardín, enloquecidos sacando las piedritas. Bueno, yo creo que eso hay que hacerlo.

"Un primo mío me dice: Myriam andate que te van a venir a buscar... Y a la semana siguiente me fueron a buscar. Estuve presa"

Tendría que comentarles la etapa más difícil de mi vida profesional que se inició en el 66, con las renunciaciones en la universidad. Porque en Rosario, en la facultad de Filosofía y Letras, más del 90% del personal docente renunció: primero, todos los profesores que iban desde Buenos Aires; luego muchos de los locales renunciaron. Yo era ayudante de cátedra y jefe de trabajos prácticos del doctor Pedro Krapovickas, que después fue mi director de tesis. Él renunció cuando se produjo la Noche de los Bastones Largos acá en Buenos Aires, fue una cosa masiva; hasta renunció el que era nuestro decano, que me acuerdo que dijo: "Yo acá no voy a dejar entrar a la policía", presencié un hecho así en el hall de la facultad. Fue una cosa tremenda. Yo, a partir de entonces, quedé fuera de la universidad por varios años, ya me había casado. Entré a trabajar en los profesorado de Historia, entre ellos enseñé en el profesorado de Villa Constitución, que fue un lugar muy importante, porque el director, una persona fuera de serie y muy valiente, acogió a un montón de profesores que éramos renunciados. Hace un tiempo, vi un artículo en una revista sobre este docente. En esas circunstancias, era un lujo el profesorado de Historia de Villa Constitución. Pero también un lugar muy politizado y conflictivo porque, en esa localidad, después (en 1976) murió mucha gente y hubo muchos desaparecidos entre los obreros de las fábricas. También trabajé en el profesorado de San Nicolás, que era de otro carácter, más convencional pero lindo también, estudié mucho para las clases porque me dieron una materia que era Antropología y Paleontología. Tuve que combinar las dos disciplinas. Me acuerdo que mi marido, por lo menos durante dos o tres años, me preguntaba: "¿Qué estás estudiando? ¿Qué estás leyendo? Ya sé, Paleontología", porque en mi carrera no había tenido formación en Paleontología General y todas mis estudiantes eran de Ciencias Naturales, sabían de invertebrados, de vertebrados, yo me sentía totalmente fuera de foco...

Después vino la fugaz primavera, el interregno, del 73 al 76. Entonces, hubo un cambio grande en la facultad de Filosofía y Letras, y en marzo de 1974 me llamaron para trabajar como profesora de la materia Arqueología Americana. Fue una experiencia maravillosa, tomé América del Sur, usábamos libros sugerentes, por ejemplo, de Luis G. Lumbreras que es el fundador de la Arqueología Social Latinoamericana, leí el librito que escribió para la gente sobre "Los pueblos del Antiguo Perú" y podés entenderlo, cualquier persona puede entender e interesarse por esa historia. Bueno, el curso que yo tenía era tanto de Antropología como de Historia, así que era un grupo grande, como de 40 estudiantes y más. Un momento muy politizado, muy movilizad, pero muy estimulante, creo que fue muy lindo el trabajo que hicimos en los prácticos, en las lecturas. Me acuerdo de un chico, de declarada posición de izquierda, en la primera clase de la que fue mi primera materia como profesora, que me dijo: "Bueno, profesora, nosotros queremos saber, queremos leer, ¡pero no tanto!", porque el programa incluía muchas lecturas. Entonces, le dije: "Mirá, la única manera es a través de las lecturas, no hay otra, lo vamos a ir viendo durante el año". Después resultó un alumno excelente. Tuve también alumnos míos que

desaparecieron, me acuerdo en particular de uno que era obrero metalúrgico... Fue muy difícil y muy triste.

Con el golpe de Estado en el 76, pasaron hechos muy difíciles en la facultad entre marzo y junio, ya habían puesto bombas antes, en el 75, en algunas casas de profesores. Varios de ellos terminaron renunciando. Y, lamentablemente, para mí fue muy doloroso porque un primo mío por parte paterna me hizo el "favor" de avisarme (lo que significaba que él participaba en reuniones donde se marcaban nombres), me dijo: "Mirá, Myriam, andate porque si no, vas a tener problemas." Y a la semana me fueron a buscar. Estuve presa, pero tuve suerte porque fueron tan solo 20 días. Me llevaron el 20 de junio del 76, yo estaba presa cuando el 9 de julio los estudiantes secundarios se levantaron contra Videla y lo abuchearon durante el desfile militar en Rosario. Estuve en "El Pozo" de la Central de Policía, lugar en el que ahora hicieron un museo, yo le digo eufemísticamente "subsuelo" pero se lo conoce como el pozo: era un sótano que estaba debajo del edificio que da a San Lorenzo y Dorrego, ahí me llevaron. Levantaron a muchísimos estudiantes secundarios y los torturaron en ese lugar, bueno, una cosa terrible. Tuve suerte porque yo estuve muy pocos días. Primero, fui muy ingenua porque, como no tenía participación política partidaria, aunque sí tenía un pensamiento de izquierda, pensé: "Bueno, me van a soltar al día siguiente". Yo creo que mucha gente a la que levantaron pensó lo mismo que yo. No, después me di cuenta de que no, que ahí entrabas y no se sabía qué pasaba. Y hablando de Villa Constitución, en el camión del ejército en que me llevaron iba el famoso sindicalista Piccinini, iba tirado en el piso con otros hombres, mientras que a mí no me vendaron ni nada. Tuve suerte porque no me torturaron, pero fue un paso muy importante en mi vida en los dos sentidos: nunca, en ningún lugar, sentí la solidaridad que había ahí adentro: un pedazo de algodón, medio Geniol, lo que fuera ahí circulaba a un nivel increíble, habremos sido 20 mujeres y unos 60 a 80 hombres en ese lugar tan reducido con tres cuartos, un pequeño hall y un solo baño. Fue algo extraordinario lo que viví. Y, por otro lado, la locura de lo que fue la represión, porque arriba de donde yo dormía, torturaban. El primer día escuchaba ruidos fuertes, raros, pero no pregunté a nadie, uno tiene desconfianza, miedo, no sabes en dónde estás y no pregunté. Pero, al segundo o tercer día, frente al dicho de un guardia de que "estaban moviendo muebles", alguien me dijo: "No, están torturando", empezaban a las 10 de la noche hasta las 6 de la mañana. Y, lógico, no podíamos dormir. A las 7, los guardias venían con un magro desayuno y decían: "Todos a levantarse, todos a levantarse", no teníamos ni dónde caminar, pero, bueno, una cosa terrible. Mientras yo estaba adentro, trajeron a una estudiante que había sido alumna en mi materia, la bajaron, a ella la habían destruido en la tortura. Mientras yo estaba allí, mi esposo hizo un trabajo persistente: día a día, iba a ver al teniente coronel a cargo, preguntando por mí y a hablar sobre mi persona y de que yo no tenía antecedentes. Finalmente me soltaron, me interrogaron vendada a las dos de la mañana, me hicieron vestir y yo creí que me llevaban para matarme, porque ya me había avivado de todo lo que pasaba ahí adentro. Pensé: "Me llevan". Los traslados esos que hacían. "Me llevan, porque a las dos de la mañana no te van a entrevistar". El oficial que bajó a buscarme me ordenó: "Vístase". Me tuvieron que ayudar, no me podía poner los pantalones.

Y me entrevistaron vendada, pero pude percibir que, por lo menos, había cinco personas, el que habló era militar por su modo de hablar, cortante. A pesar del gran miedo que sentía, creo que fue muy inteligente la forma en que declaré, no empecé por el presente sino por el origen de mi vocación, hablé de mi situación vital, de que era por algo que me gustaba hacer, investigar, que era la arqueología, o enseñar, de que tenía un hijo de ocho meses (Diego tenía ocho meses cuando a mí me llevaron) y mi hija Celina, de 6 años, digo: "¿Qué estoy haciendo acá yo?", esa era la pregunta. Me dijeron que, si no había ninguna novedad sobre mi caso, que en pocos días me soltaban y que no iba a sufrir consecuencias. Pero, cuando me liberaron, a los tres días me llegó la cesantía por "prescindibilidad" en todos los cargos docentes. Me dejaron cesante en todos los profesorados. Yo trabajaba en Mar del Plata con Menéndez. Eduardo me había llamado en 1974 para dar dos materias de Arqueología en la Carrera de Antropología que él había organizado en la Universidad de Mar del Plata. Viajé embarazada de mi hija y, después, de mi hijo. Salía desde Rosario, los jueves a las ocho de la noche, llegaba a las siete de la mañana del viernes a Mar del Plata, daba clases por la tarde y regresaba en bus por la noche. Era loco. Me llegó la prescindibilidad en todo, en Rosario, Mar del Plata, San Nicolás, Villa Constitución. Con el tiempo me fui enterando de que la prescindibilidad implicaba que yo no podía trabajar en nada, ni en la municipalidad, ni a nivel nacional, nada, sólo en el ámbito privado, ¿qué iba a conseguir privado? Bueno, colaboré con el Museo Arqueológico de Cachi en Salta, que había ayudado a organizar entre 1972-1973, hice esa experiencia que me mantuvo activa, es decir, he sido un poco batalladora, dentro de mis posibilidades, de no entregarme a las circunstancias adversas. Por otra parte, Edgar, mi marido, me ayudó muchísimo, me armó un lugar para trabajar en la carpintería con mis materiales arqueológicos que había sacado de la facultad.

No me fui en seguida, nos quedamos en Rosario. Rosario fue un lugar muy nefasto porque era una ciudad más chica, muy, muy difícil. Finalmente, después de mucho conversar con mi marido, decidimos exiliarnos en Ecuador: primero viajé yo en 1981, como en septiembre, por intermedio de la PNUD de la Unesco que tenía sede en Lima, un colega peruano recomendó mi nombre para una escuela de Arqueología que estaba iniciándose en Guayaquil. Me pagaron el pasaje y me dieron un monto de dinero por la consultoría. Mi marido con mis dos hijos viajaron en enero del 82. Desde esa fecha hasta enero de 1985, trabajé en la Escuela de Arqueología, dependiente de la Escuela Politécnica del Litoral, con sede en Guayaquil. Debo decir de esa época, imagínense el exilio en un lugar muy diferente, Guayaquil fue muy difícil para nosotros al comienzo, para adaptarnos, el clima es muy fuerte, caluroso todo el año. Pero, de cualquier manera, como balance, ahora puedo decir que la gente es encantadora, los ecuatorianos son personas muy afables, de buen trato y hay muchos miembros de pueblos originarios. Aprendí muchas cosas a nivel antropológico, de las comidas, de las creencias, de las costumbres; pude ver, con una perspectiva de mayor distancia, los procesos en nuestro país, dado que estábamos en Ecuador cuando fue lo de Las Malvinas. Cuando hablaba por teléfono con mi hermano, en la provincia de Santa Fe, él y todos acá pensaban que íbamos bárbaro mientras nosotros ya habíamos visto por la televisión en Guayaquil que a la armada inglesa subía el escuadrón de los "gurkas", dijimos: "Los van a matar a todos".

Cuando Galtieri medio borracho ¿se acuerdan que hace un discurso? Fue muy interesante, porque es lo que dicen los colegas que se habían ido a México: vos ves, tenés otra perspectiva de las cosas. Por otro lado, a nivel profesional, debo decir que la metodología que uso en el campo, lo que sé hacer, digamos, el hacer, cómo se corta y se cose en arqueología, yo lo aprendí en Guayaquil. ¿Por qué? Porque entre mis compañeros profesores, era un grupo pequeño, había tres norteamericanos, un belga y otra argentina en este grupo, y funcionó muy bien a nivel grupal, me recibieron excelentemente. Y, al mes más o menos de mi llegada, empezamos a trabajar en el campo como parte de los cursos de la Escuela de Arqueología, pero en una dimensión, en una escala, con la que nunca se trabaja en Argentina, era al estilo norteamericano. Yo tenía a mi cargo entre diez y doce estudiantes y los otros profesores, otro tanto: todos excavando al mismo tiempo en una misma área arqueológica, Peñón del Río, a pocos kilómetros de la ciudad de Guayaquil. Les confieso que en el primer tiempo era yo más otra alumna que profesora, porque no conocía un montón de técnicas y recursos que se empleaban allí. Me las tuve que arreglar con mis estudiantes. Pero eso sí, aprendí muchísimo. Hicimos descubrimientos importantes, el sitio no tenía mampostería de piedra sino que eran montículos de tierra muy difíciles de excavar y con un clima tropical, un calor... Uno de mis compañeros, con el que más tuve interacción profesional, es Michael Muse, que vino hace pocos días a Buenos Aires porque está como asesor en la Wenner-Gren Foundation, Michael es alguien fuera de serie. Él estaba en un área y yo, a continuación, hacia el oeste, en otras cuadrículas, por lo que discutíamos continuamente sobre la naturaleza de los sedimentos. Mike estaba haciendo un sondeo profundísimo, donde aparecían estratos con sedimentos mezclados, de varios colores. Después de visitarlo en su cuadrícula vuelvo a la mía y me empieza a aparecer el mismo tipo de depósito. Y de repente, me hizo clic, y pensé: “Pero ¡este es un pozo! Ambos estamos excavando en pozos antiguos”. Salgo de la cuadrícula, me voy a hablar con Mike, que estaba como a tres metros de profundidad y tenía una de las paredes de la cuadrícula, totalmente moteada, y le digo. “Mike, esto es un pozo, fijate cómo se ve el corte. Debe ser de una tumba de foso profundo”, que es común en los Andes Septentrionales. Dice: “¡Sí, sí!”. Bueno, era una tumba. O sea, el pozo nos avisó que debajo había una sepultura con restos humanos, que excavamos en medio ya de las lluvias tropicales, en medio del barro, fue tremendo pero hicimos todo el rescate. Este fue un gran descubrimiento en el campo de la práctica y un aprendizaje valioso para los estudiantes. Era muy común en los Andes de Ecuador y Colombia que las poblaciones prehispánicas enterraran a sus muertos a varios metros de profundidad. Creo que era para preservar a los difuntos. Hacían un foso cilíndrico tirando la tierra afuera y al fondo, excavaban hacia un costado una semiesfera, como un horno de pan, donde colocaban a los difuntos con sus ofrendas. Luego sellaban el lugar rellenando el foso con los sedimentos mezclados. Es muy interesante.

* * *

"En medio de la cátedra, Junta Departamental, Conicet, logro terminar el manuscrito de la tesis, en 1989. La defendí en el 90 (...) La defensa fue en el Museo Etnográfico."

A fin del año 85 llamaron a concurso de Profesora Titular en la cátedra de "Arqueología Argentina", era una materia nueva que se había agregado con la reforma del plan de estudios cuando se produjo el cambio de gobierno. Me presenté al concurso porque era lo que a mí me interesaba particularmente. Tuve un jurado muy bueno, estaban Alberto Rex González, Víctor Núñez Regueiro y Osvaldo Heredia, otro querido arqueólogo, ya fallecido también. Fue una experiencia muy buena, me felicitaron por la síntesis que hice en la clase. Estuve como titular de cátedra hasta que me jubilé, desde el año 86 que fue la primera cursada hasta creo que el 2008, el último curso. Para mí, esta etapa de Buenos Aires fue la mejor. Debo agradecer profundamente a la comunidad de antropólogos, a los amigos, porque nunca me sentí discriminada de que fuera de otro lugar, al contrario. Y, hasta ahora, siento una muy buena relación que me gratifica mucho. Por otro lado, a nivel profesional los logros principales que he tenido los he concretado ahora, en esta etapa de continuidad. Tengo una clara vivencia de lo que es la continuidad en un trabajo. Piensen que yo no tenía estudiantes de doctorado hasta que me presenté al Conicet, no había podido dirigir porque yo terminé mi tesis, de hecho, en el año 89 (ya había ingresado a Conicet), debido a que no pude finalizar la tesis en los difíciles años previos. Me llevé todos los papeles a Ecuador, ¿y saben qué hacía los fines de semana para sentirme bien? Me sentaba a una mesa y me ponía a trabajar porque eran todos registros escritos que yo podía analizar sin hacer trabajo de campo. ¿Saben qué hice de tesis? Vuelvo a la historia con la que empecé de mi papá recorriendo el cementerio: a propuesta de Rex González, trabajé los contextos funerarios excavados por el padre Le Paige en San Pedro de Atacama, Chile.

Yo viajé en 1964 recién casada (me había casado en enero y en septiembre de ese año), hice el largo viaje por Santiago de Chile, Antofagasta y Calama hasta San Pedro. Estuve tres meses allá registrando sus notas y revisando los materiales de cada unidad funeraria y, sobre esto, trabajé. La verdad es que fue un trabajo enorme, ¡desmesurado! De nuevo, miren que ¡estuve rodeada de momias mientras trabajaba sola en las salas del Museo! Pero nunca sentí temor porque lo que buscaba era la historia de la gente antigua, cómo vivían, trabajaban, sus costumbres, creencias y ritos. Por otro lado, lo difícil que fue vivir en San Pedro de Atacama en aquella época, mientras que ahora es un *boom* turístico. Había un solo teléfono que tenía el padre y el correo llegaba una vez por semana. Sin embargo, el Padre ya tenía la excavación de enorme cantidad de tumbas de los atacameños formando un museo que comenzaba a ser visitado por turistas extranjeros. Había sacado muchas momias porque Atacama es un desierto absoluto, 0 % de humedad. Es como el paraíso del arqueólogo, se conserva todo. En el caso de las momias, es como si te aproximarás a una persona, no sé cómo decir... por supuesto, es un difunto, pero tenés todos los elementos para aproximarte a su realidad. De hecho, había una de las momias,

que creo que todavía está expuesta, a la que se referían como: “Miss Chile 1958”, porque era una mujer, de unos 25 años según se había calculado la edad de muerte, y con unas trenzas largas, hermosas. A ustedes les puede parecer, a lo mejor, algo extraño, al que no ha trabajado con esto, pero tenía una actitud muy pacífica, se la veía perfecta, sentada en cuclillas, vestida con camisa y manto y rodeada de sus ofrendas.

Volviendo a Buenos Aires, recién estando en medio del trabajo en la cátedra, en la junta departamental, de comisiones Conicet y demás, logro terminar el manuscrito de tesis. En 1989 la presenté y la defendí en el 90, fue muy lindo, porque la Universidad de Rosario tuvo la atención de mandar al jurado, que en parte era de allá, con el libro de actas a Buenos Aires; por eso, la defensa se realizó en el Museo Etnográfico. Fue una deferencia que me hicieron. Les cuento que sufrí tanto con el asunto de la tesis, ¡me discriminaron tanto en la época militar! Como fui declarada prescindible, me negaron como director a Rex González porque no estaba en una universidad nacional (en ese momento se había refugiado, junto con Krapovickas y Gradín, en la Universidad de Salvador), me labraron un expediente rarísimo, yo objeté, objeté, lo que me llevó años a nivel legal. Y cuando regresé a la Argentina en 1985, fui a Rosario a hablar con la nueva gestión y pedí mi expediente para revisarlo, éste tenía más de mil fojas, mi expediente de doctorado... Pude defender mi tesis después de tantos años porque la gestión de 1985, siguiendo normas dadas por el Estado nacional, reconoció todo lo que me había ocurrido en esos años y me dijeron que estaba en condiciones de defender mi tesis, pero me podrían haber dicho: “No, usted ya no puede porque ha pasado mucho tiempo”, pero finalmente lo logré.

* * *

“Fue muy importante [CGA]. Fue un lugar en que uno podía reunirse e intercambiar (...) cuando era un páramo el ambiente.”

Yo estuve en algunas reuniones cuando se estaba iniciando la idea de un Colegio de Graduados, en la época de la dictadura. Fue muy importante porque fue un lugar en que uno podía reunirse e intercambiar o conversar con otros profesionales cuando era un páramo el ambiente. Creo que hubo una reunión en 1979, cuando fueron las Jornadas de Arqueología del Noroeste Argentino, que se hicieron en el Instituto de Arqueología de la Universidad del Salvador, donde se reunió mucha gente y se publicaron las actas. Ahí tenía lugar de trabajo Rex González, a quien lo habían sacado de La Plata y lo querían echar del Conicet. Chela Alfaro de Lanzone, que era directora de ese instituto, le dio lugar de trabajo, hecho que fue aceptado por el Conicet. Lo mismo habían pasado Carlos Gradín y Pedro Krapovickas, a quienes también les habían pedido cambio en los lugares de trabajo porque trataban de eliminarlos como investigadores.

Después, cuando yo ya estaba radicada acá en Buenos Aires, participé de una reunión donde se planteó la necesidad de lograr la personería jurídica, trámites que llevó a cabo Marcelo Álvarez. Lo que han trabajado Marcelo, Cristina Soruco, la esposa de Guillermo Madrazo, y éste último ha sido crucial, porque gracias a la tenacidad y persistencia de Guillermo en Olavarría y luego de Álvarez, entre otros, en Buenos Aires, no se hubiera logrado la conformación del Colegio de Graduados. La personería estuvo varios años frenada por las incumbencias famosas, el expediente iba y venía del ministerio. Logrado y consolidado el CGA como está ahora, habría que trabajar en un código de ética, sería importante. Habría que ver los puntos a considerar en la organización del código, pero, en último término, en función de experiencias que he visto operando, por ejemplo en Chile: para dirimir conflictos de gestión o de tipo profesional, es muy importante el trabajo a través de un comité que actúe con mucha prudencia y seriedad, donde las partes en conflicto pueden exponer sus diferencias y llegar a acuerdos mediante la mediación del comité. Lo vi funcionando en una reunión a que asistí como miembro de la Sociedad Chilena de Arqueología, a la que estoy asociada hace años en razón de que, como comenté más arriba, hice mi tesis sobre un tema de allá y valoran mucho ese trabajo. Yo trato de mantenerme siempre un poquito aparte porque hay asuntos propios del interior de la comunidad chilena en los que no me gusta intervenir, pero, en una jornada que era también de reflexión por los 30 años de creación de la Sociedad, presencié una discusión por un problema de trabajo en un área arqueológica que estaba trabajando una persona y después hubo un avance de otro grupo, fue muy fuerte la discusión, pero se llegó a un acuerdo. Me pareció muy valiente de parte de la comunidad chilena de hacerlo en forma pública, que nosotros presenciáramos todo lo que se decía, de un lado y de otro, fue muy bueno eso. Veo, por un lado, que es importante el trabajo previo del comité para revisar los papeles y presentaciones, los argumentos de defensa de cada lado y demás; pero también me parece muy interesante la parte pública, porque se va formando opinión. Por otro lado, considero muy importante la función del comité de ética en relación con los pueblos originarios porque, en Arqueología, están surgiendo ya en varias provincias problemas con las comunidades que ya están reconocidas a nivel nacional y que no dejan entrar o que ponen restricciones a los arqueólogos para ingresar. En la Quebrada de Humahuaca, desde que se declaró Patrimonio de la Humanidad, no dejan trabajar y ahora, en varias provincias. En el AAPRA que es de arqueólogos, la nueva comisión está muy dirigida a proteger a los arqueólogos profesionales, cosa que yo respeto y considero importante en sí, tiene que haber una organización que defienda al arqueólogo profesional, porque éste va al lugar con permiso de la provincia, con todas las cosas en regla, pero el tema de la comunidad no se resuelve por el permiso de la provincia ni nada: ahí tenés que ir mano a mano con el representante de una o de las varias comunidades, según como sea el caso, y llegar a un acuerdo. El AAPRA está más dirigido a la defensa profesional y yo creo que tienen que ser bien cuidadosos, una línea media donde se sepa que hay dos ámbitos en conflicto, que es necesario llegar a un acuerdo, a una negociación. Por esto, el Colegio de Graduados en Antropología, con los problemas de índole social que aborda, puede cumplir una función muy valiosa. En este sentido, también quiero

decirles (no tiene que ver con el Colegio o con la parte de ética, pero, bueno) que yo siento un compromiso, desde el punto de vista ético, entre lo que cada grupo originario actual en su autodeterminación, en su etnogénesis, toma como convalidación de su pasado; por ejemplo, los comechingones que hay ahora, y que se creían desaparecidos, o los diaguita calchaquí, los coyas, los respeto profundamente, entiendo su lucha, sus sufrimientos y lo que ellos toman como justificación de tipo histórico. Pero también soy consciente de que, por ejemplo, todos los pueblos, los grupos que ahora son comunidades indígenas del noroeste, ¿saben qué dicen? Rescatan a los incas. Tienen la bandera con el ajedrezado multicolor, la “wipala”. Yo los respeto, está muy bien porque los incas vienen a ser la principal bandera justificadora de su pertenencia. Pero también sé que, de alguna manera, a futuro, en los chicos, en el público, también hay que estimular la historia de lo que fue el pasado preincaico, porque los incas fueron invasores que dominaron a las poblaciones del noroeste argentino y debió morir mucha gente, hubo rebeliones, no todos aceptaron la imposición de tributo; era un imperio, no sólo los españoles, los incas también. Ahora, si vos decís eso, les agarra un ataque. Pero pienso que nosotros como profesionales también tenemos que luchar por esas otras historias, porque es dar vos a otra gente, si no, con el parlamento actual de los pueblos que toman lo que pueden o lo que les conviene políticamente, se borra esa otra parte de la historia. Yo, por lo menos, siento ese compromiso respecto a que hay que dejar salir las otras voces o lo que uno puede reconstruir de esas voces. Lo fundamental, por otro lado, para el comité de ética, tiene que ver con los miembros que la integren, deben ser profesionales muy prudentes y serios. Ese es un punto crucial, no sólo lo que ustedes vayan a armar como reglamentación. Y después, abordar caso por caso: los problemas de ética o los problemas de conflictos no se pueden resolver en forma general, es necesario trabajar uno por uno, con mucha tranquilidad. Por eso, tampoco las leyes para los pueblos originarios son suficientes: la restitución de restos humanos, por ejemplo, está la ley, sumamente breve, al igual que la reglamentación, pero sigue siendo un problema. Por eso, es mi opinión que hay que ir viendo caso por caso, qué tipo de restitución, quiénes, cómo...

* * *

Creo que una de las cosas de las que me arrepiento es de las renunciaciones del 66. Escuché lo que dice Eduardo Menéndez en su entrevista y comparto la opinión sobre que las renunciaciones del 1966 fueron muy negativas. En ese momento yo estaba muy convencida; mi esposo Édgar, no. Tuvimos noches enteras de discusión, que me decía: “No, Myriam, no hay que renunciar, no deben renunciar”. Y yo, que era una ayudante y jefe de trabajos prácticos, recién empezaba, veía que todos mis profesores estaban decididos, y yo le digo: “Pero ¿cómo yo me voy a quedar?”. Ya habían renunciado todos, no me podía quedar porque yo no era cabeza de cátedra, pero fue muy negativo. Les digo que, en Rosario, la facultad de Filosofía y Letras, pasaron años sin que lograra levantarse después de eso. Se fueron todos los profesores de primer nivel que tenía y, además, quedó en manos de gente terrible, que tiraron materiales arqueológicos, fotografías, informes... Por ejemplo, la excavación de El Alamito de Víctor Núñez Regueiro, en la cual yo

había participado, estaba todo clasificado, perfectamente ordenado, porque lo había hecho, en la Smithsonian Institution en Estados Unidos. Una de las chicas me llamó a mi casa cuando ya estaba cesante, diciéndome: "Myriam, a ver si podés venir a salvar el material, han tirado todo el material de El Alamito al patio central de la facultad como basura". Yo no pude hacer nada, sólo fui a ver y te digo que me largué a llorar: "No puede ser esto". Entonces, eso creo que es para reflexionar. Hubo mucha ingenuidad y también, tal vez, una especie de pensamiento utópico diciendo: "No, pero nuestra renuncia, nuestra firma vale, los va a golpear, los va a hacer reflexionar". No, evidentemente...

* * *

"La mayor satisfacción que siento en el trabajo de investigación es el momento del descubrimiento..."

En otro sentido, si bien mi decisión de seguir Arqueología o de dedicarme a la investigación arqueológica ha sido muy definida, cada tanto tengo mis inquietudes en otros sentidos: ¿por qué no me dediqué a la Antropología? Podría haberme dedicado perfectamente porque me gusta, o a la Historia, que también me interesa. Porque, si estuviera trabajando en Antropología Social, podría leer mucho más sobre aspectos teóricos y trabajos de investigación social que no puedo consultar apropiadamente, porque la Arqueología me exige ver otras cosas. Lo mismo con Historia porque sí me provoca inquietud este asunto que planteé antes, entre los siglos XVI, XVII y XVIII, así como la continuidad de comunidades indígenas (como los Tilcara) hasta la época ya independiente. Me parece que hay que seguir trabajando mucho el nexo entre el siglo XVI o el siglo XV, que sería precolombino, y lo posterior a la conquista, hay que terminar con ese corte, y para eso se requiere un trabajo al estilo, digamos, de Braudel, de la larga duración o algo así, verlo en perspectiva y seguir las historias de la gente.

La mayor satisfacción que siento en el trabajo de investigación es el momento del descubrimiento de algo: a veces, puede ser una cosa nimia, pero, en realidad, nunca lo es. Cuando a través de la excavación se descubre lo que nosotros llamamos una estructura, un rasgo de algo del pasado, de una actividad del pasado, es un momento muy, muy importante: es, para mí, lo más impactante. Por eso, cuando la gente te ve en la práctica en el campo, participa de ese proceso, del descubrimiento a través de una materialidad, que no es lo mismo por transmisión por medio del lenguaje, lo estás viendo en la cosa concreta, en la tierra, lo entiende. Me gusta mucho esta faceta de la indagación que tiene mucho de cómo procede un detective: vos tenés una serie de rastros en la tierra que nunca son fáciles de leer, de interpretar, y un desafío: ¿de qué se trata?, ¿qué es esto? Como dice mi nieto ahora: "¿Qué es esto?". ¿Qué es esto? Y, cuando me doy cuenta, cuando encuentro la respuesta, eso es para mí un momento de máxima felicidad. Tengo un ejemplo, entre los muchos

que me sucedieron: durante años, con otro querido investigador que fue mi primer doctorado, Luis González, al que les sugiero que lo entrevisten porque es genial y tiene muchas historias, teníamos un sitio que se llama Rincón Chico 15, Dpto. Santa María, Catamarca. Nosotros ponemos números a los lugares, según la localidad, porque no sabemos los nombres originales. Rincón Chico No. 15 es un área que consta de numerosas estructuras arqueológicas tapadas. Lo descubrí en 1986, cuando empecé a trabajar con el equipo desde Buenos Aires. Cuando levantamos los planos, vimos hacia el sur de esta área arqueológica un montículo. Nos planteamos muchas hipótesis. Veíamos que tenía piedras pequeñas y medianas, entonces, dijimos: “Una apacheta”. Como las apachetas que todavía hoy se hacen en el norte, el viajero coloca una piedrita y va deseando buen camino... Pero era raro, era bajo, antiguo... Y pasaron años, años. Como por 1992 aproximadamente, un día que estábamos prospectando con Luis, los dos solos, mientras los estudiantes estaban trabajando en otro lugar, fuimos a ver de nuevo el sitio. Y yo le digo: “Luis, vamos a ver el montículo. ¿Qué es esto?”. Me dice: “Qué sé yo”. Nos acercamos y me tiro al piso (lo he hecho muchas veces en el campo, porque en el piso ves muy de cerca los rastros más chiquitos que no ves estando de pie). Levanto una de las piezas, pensando que era una piedra, y me encuentro con un pedazo de refractario de cerámica para metalurgia, con enorme cantidad de impregnaciones de metal fundido, o sea, de un objeto que había estado en uso en ese lugar para la fundición de metales. “¡Luis!, le digo, mira esto!”. “Sí, esto es de metalurgia”, me dice, y empezó a observar los restos, estaba lleno de pedazos rotos de refractarios junto con piedras calcinadas, escorias, trocitos de mineral de cobre. Dijimos: “Acá hubo una gran actividad de metalurgia del bronce”, porque, para producir bronce, es necesario levantar el fuego a mil grados de temperatura, hay procesos químicos de fundición de los minerales y demás materiales que dejan huellas muy fuertes.

La excavación demostró que eran los grandes hornos, tipo “guairas”, que son casi los únicos conocidos de los Andes meridionales. La excavación posterior que se planeó sobre ese montículo demostró cómo se había usado y por qué se formó el montículo. Cada vez que se hacía una fundición de mineral para separar el cobre de los otros minerales (estamos a pocos kilómetros al norte de donde está la minera Alumbreira ahora, tiene que ver con la extracción del cobre), se hacía una montañita con piedras, mezclada con carbón, que ahora ya sabemos que era carbón hecho en base a algarrobo para levantar más temperatura, y adentro, mezclados los pedazos de mineral, en donde se tiene que separar la ganga, por un lado, y, por otro, va a ir el metal fundido. ¿Qué tenía, entonces, el montículo? El montículo era la enorme cantidad de piedras y la ganga que había quedado. Cada vez que se hacía un horno, después de una fundición, se desarmaba: por eso formó un montículo. Por esto, cuando la excavación se amplió, aparecieron las bases de varios de estos hornos. Fue uno de los grandes descubrimientos que se hicieron en este sitio. Después, Luis basó su tesis de doctorado fundamentalmente con los datos surgidos de la excavación de ese montículo.

Por otro lado, cuando estoy sentada a mi mesa, cuando leo o estoy trabajando en algún artículo o tengo que corregir alguna de las tesis de mis estudiantes, descubro que tengo una gran memoria para los trabajos de campo

en los que he participado (mientras que soy muy desmemoriada para otras cosas, por ejemplo, las fechas de los cumpleaños...). Todos se sorprenden y no entienden cómo me acuerdo de pequeños detalles. Pero yo me acuerdo, me acuerdo de que, en tal campaña, quién estaba, qué apareció en tal cuadrícula, etc. Es la vivencia mía que tengo como una memoria fotográfica. Por eso, en algún momento en que estoy acá tranquila, sentada, puedo pensar sobre los hallazgos y descubro relaciones entre los hechos: "Pero esto tiene que ver con aquello." Son los momentos de interpretación y de descubrir la significación de determinados hechos pasados en relación con los restos materiales excavados. Porque, en realidad, lo que hoy les comenté es que la arqueología es muy linda, es muy interesante porque vos vas en forma retrospectiva a épocas antiguas de poblaciones que han sido ágrafas, que no tienen forma de contar su historia, ese es el tema. Pero, por otro lado, por el hecho de que fueran ágrafas, no tenemos testimonios escritos u orales que sí tiene el antropólogo que trabaja en la actualidad. Es un gran desafío y, a la vez, una gran carencia la que tenemos. Pero yo siempre no pienso solo en los materiales, por ahí a otros arqueólogos, que tienen otros enfoques, les interesa la clasificación de materiales por sí. A mí siempre me ha interesado aproximarme a las sociedades del pasado. De alguna manera, siempre que estoy trabajando, estoy pensando en cómo llegar a la gente, a hechos sociales, modos de vida. Sé que no puedo llegar a un individuo y que no voy a saber nunca cómo se llamaba a sí mismo, pero puedo desbrozar o encontrar partes de su historia a través de los restos materiales que han quedado de su hacer. Estos restos materiales son difíciles de leer, pero, por otro lado, son interesantes porque muchos de ellos no son intencionales, te están dejando huellas de su actividad diaria, de su hacer, de su trabajo, de su alimentación, de sus creencias, obviamente. Eso es lo que siempre me convoca y es un continuo desafío.

